

Las exhortaciones a Timoteo

Marc TAPERNOUX

biblicom.org

Índice

1 - «Ejercítate para la piedad» (1 Timoteo 4:7)	3
2 - «Sé ejemplo de los fieles en palabra, en manera de vivir, en amor, en fe, en pureza» (1 Timoteo 4:12)	3
3 - «Ocúpate de estas cosas, permanece en ellas, para que tu progreso sea manifiesto a todos» (1 Timoteo 4:15)	6
4 - «Tú pues, hijo mío, fortalécete en la gracia que es en Cristo Jesús» (2 Timoteo 2:1)	7
5 - «Comparte sufrimientos como buen soldado de Cristo Jesús» (2 Timoteo 2:3)	7
6 - «Cumple tu ministerio» (2 Timoteo 4:5)	8

Conociendo algo de la entrañable personalidad de este hombre de Dios, nos será tanto más provechoso considerar algunas de las exhortaciones personales que el apóstol le dirige en sus 2 Epístolas.

1 - «Ejercítate para la piedad» (1 Timoteo 4:7)

El objeto de una vida de piedad es Cristo. Ejercitarse en la piedad, es aplicarse a estar constantemente ocupado con el Señor, a gozar de su comunión, a alimentarse de él, lo que se traducirá inevitablemente en una vida activa y llena de frutos para su gloria, en la búsqueda constante de lo que le es agradable, en una confianza inquebrantable en su amor y en su poder, pero también en una obediencia absoluta a su Palabra.

El verbo griego «ejercitarse» contiene la raíz de la palabra española “gimnasia”. Este ejercicio de la piedad es una verdadera «gimnasia espiritual», que todo creyente debe practicar diariamente, para estar fortalecido para el camino y el combate de la fe. Debe practicarla él mismo. Nadie puede vivir de la piedad de otro. Es esencial que mantengamos una comunión personal con el Señor Jesús. Este ejercicio requiere método y perseverancia.

Comparándola con el ejercicio corporal, que solo sirve para unas pocas cosas, el apóstol declara que «la piedad para todo aprovecha, teniendo la promesa de la vida presente y de la venidera» (v. 8). Para la vida presente, en efecto, ¡cuántos errores, pasos en falso y caídas evitará el creyente que camina piadosamente, y qué gracias recibirá! En cuanto a la vida venidera, ¡cuál será la recompensa del fiel que ha tenido un solo objetivo durante su vida terrena: glorificar a su Señor!

2 - «Sé ejemplo de los fieles en palabra, en manera de vivir, en amor, en fe, en pureza» (1 Timoteo 4:12)

Timoteo era muy joven para ser un modelo. Sin embargo, el apóstol le instó a que lo hiciera, porque podía hacerlo, no por su propia capacidad, por supuesto, sino fortaleciéndose «en la gracia que es en Cristo Jesús» (2 Tim. 2:1). ¡Qué alentador es esto para todo creyente, especialmente para los jóvenes! ¿Somos modelos para nuestros hermanos y hermanas en la fe? ¿Pueden ellos discernir algo del carácter

de Cristo en nosotros?

El apóstol recomendaba a Timoteo a ser un modelo en 5 cosas:

En palabra. La virtud más importante en esta área es sin duda la sobriedad. Muchos pasajes de la Escritura lo confirman. Citaremos solo 2 del libro de los Proverbios. «El hombre prudente calla» (11:12). «El que ahorra sus palabras tiene sabiduría; de espíritu prudente es el hombre entendido. Aun el necio, cuando calla, es contado por sabio; el que cierra sus labios es entendido» (17:27-28). Cuando hablamos, solo seremos «ejemplos en palabra» si ponemos en práctica la regla de oro de **Colosenses 4:6**: «Vuestra palabra sea siempre con gracia, sazónada con sal». En esto, como en todo, hemos de imitar al Modelo divino. Consideremos con qué gracia y sabiduría “respondía a cada uno”, haciendo preguntas, animando, amonestando, reprendiendo, a veces también callando, o suspirando para sí. Hablemos siempre en su nombre. «Todo cuanto hagáis, en palabra o en obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús» (**Col. 3:17**).

En conducta. La conducta de un cristiano es su comportamiento con los diferentes círculos de personas con los que ha entrado en contacto. Es lo que la gente ve de él. Los que nos observan, ¿ven a Cristo viviendo en nosotros, animando nuestra voluntad, dirigiendo nuestra vida e inspirando nuestras acciones? Somos luz en el Señor; andemos, pues, como hijos de luz (**Efe. 5:8**). La exhortación de **1 Juan 2:6** resume todos los pasajes que tratan de la conducta del creyente: «El que dice permanecer en él, también debe andar como él anduvo». Seremos «ejemplos de los fieles... en manera de vivir» en la medida en que sigamos las huellas del Señor cuando estuvo en la tierra.

En amor. El amor es, en la vida del creyente, la manifestación del mismo carácter de Dios, la expresión viva de lo que es Dios. «El amor procede de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor» (**1 Juan 4:7-8**). El amor de Dios se derrama en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (**Rom. 5:5**). La nueva vida comunicada por el Espíritu Santo al creyente tiene las características de su fuente. Procede de Dios; ama, demostrando así su origen divino. Donde falta este carácter divino, falta la vida divina. Tenemos que mostrar este carácter a todos los hombres, pero en primer lugar a los redimidos del Señor. La noche que pasó con sus discípulos antes de la cruz, el Señor Jesús les dijo: «Un nuevo mandamiento os doy, que os améis unos a otros... En esto sabrán todos que sois mis discípulos, si os amáis entre vosotros» (**Juan 13:34-35**). ¡Con qué amor infinito nos amó Cristo! Es

ese amor el que pide a sus discípulos que se demuestren los unos a los otros, porque es el fruto y la manifestación de la naturaleza divina que, en ellos, tiene las mismas características que en Aquel que fue su expresión perfecta en la tierra.

En fe. El creyente está llamado a vivir por la fe, a caminar por la fe. «Caminamos por fe, no por vista» (2 Cor. 5:7). Tenemos que fijar nuestros ojos no en las cosas que se ven, sino en las que no se ven, porque las cosas que se ven son para un tiempo, pero las que no se ven son eternas (2 Cor. 4:18). El objeto de nuestra fe, es Cristo. Solo el creyente que manifiesta su fe precisamente por la adhesión de corazón a la persona ausente de Cristo será un «ejemplo de fiel en la fe». En efecto, cuando lo veamos, la fe ya no será necesaria. Si queremos que las cosas visibles pierdan todo atractivo para nuestro corazón, es necesario, como escribió uno de nuestros antiguos conductores, “que Cristo invisible se haga tan poderosamente real para nuestra alma que, cerca de él, todo lo que nos rodea pierda su realidad. La fe es indispensable para ello” (H. Rossier). Para ayudarnos a vivir en las realidades invisibles, Dios nos ha dado su Palabra, que nos revela a Cristo, y la oración, que mantiene la comunión de nuestra alma con él y nos permite gozar de su presencia.

En pureza. Por supuesto, esta exhortación a ser modelo de fieles en pureza es válida para todas las edades, pero es especialmente importante para los creyentes jóvenes, como Timoteo. Por una parte, les falta experiencia y, tal vez, vigilancia contra las manifestaciones de la carne y las artimañas de Satanás. Por otra parte, la juventud está expuesta a ciertas tentaciones que son peculiares de este período de la vida y que conciernen a la pureza. Sin embargo, la exhortación de 1 Corintios 10:12 es oportuna a cualquier edad. «El que piensa estar firme, mire que no caiga». Cualquiera que sea nuestra edad, recordemos que nuestro corazón es engañoso sobre todas las cosas, e incurable (Jer. 17:9). A veces tenemos que pasar por experiencias dolorosas para aprender a conocerlo y a someter la carne en la muerte. Es a través de la Palabra como se realiza en nosotros la santificación. «Santifícalos en la verdad; tu palabra es [la] verdad» (Juan 17:17). Por otra parte, una vida de comunión con Dios contribuye poderosamente a nuestra santificación. “Si Dios es todo para nosotros, somos totalmente santos” (J.N. Darby). Ciertamente, en Cristo, Dios nos considera perfectos «para siempre» (Hebr. 10:14), y «santos e irreprochables delante de él en amor» (Efe. 1:4-5). Pero quiere que nos parezcamos a Cristo en nuestra vida práctica, es decir, que nuestro estado moral esté en consonancia con lo que somos en Cristo.

3 - «Ocúpate de estas cosas, permanece en ellas, para que tu progreso sea manifiesto a todos» (1 Timoteo 4:15)

No puede haber progreso espiritual en el cristiano que se abandona a la pereza, a la ociosidad y a la somnolencia. ¿Por qué hay tan poco fruto para el Señor en nuestra vida individual y colectiva? ¿No es, sobre todo, porque no ocupamos lo suficiente a las cosas de arriba, como se nos exhorta a hacer en **Colosenses 3:1-2**? En lugar de dedicarnos por entero a ellas, nuestros corazones están divididos, y el maná celestial se convierte para nosotros en un «pan inmundo» (**Mal. 1:7**), aunque no nos atrevamos a admitirlo. Pablo quería que Timoteo fuera un hombre de una sola cosa, el campeón de una sola causa, para que su progreso fuera evidente para todos. El estado normal del creyente en el ámbito espiritual es de continuo crecimiento. «Creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (**2 Pe. 3:18**). Si dejamos de crecer, retrocedemos inmediatamente y esto puede llevarnos a las peores decadencias. El secreto de todo progreso espiritual es el apego personal a Cristo; del mismo modo, el debilitamiento de la vida espiritual y la esterilidad tienen siempre como causa inicial el abandono del amor al Señor.

Tengamos cuidado con lo que se dice de los creyentes hebreos que, en «días anteriores», habían soportado una gran lucha de sufrimientos, habían sido espectáculo de oprobios y aflicciones, habían aceptado de buen grado que les quitaran sus bienes, pero desde entonces se habían vuelto «perezosos para escuchar», necesitaban que se les enseñaran de nuevo los primeros rudimentos de los oráculos de Dios, y tenían que contentarse con la leche como los niños pequeños, porque ya no podían soportar el alimento sólido de los hombres hechos (**Hebr. 10:32-34; 5:11-14**) ¿No necesitamos también nosotros «recordar en nuestra memoria los días pasados»? No, sin duda, los que nosotros mismos hemos vivido, sino aquellos tiempos en que nuestros antepasados, los de la Reforma y el Despertar [1], conociendo el valor de las verdades que habían tenido que reconquistar al precio de muchas luchas y penalidades, se ocupaban de “estas cosas”, y se dedicaban “de todo corazón a ellas”. ¡Qué amor los animaba por el Señor, qué fervor en su servicio, qué celo por la Palabra, qué fidelidad en todos los aspectos! ¡Ojalá sigamos sus huellas!

[1] Despertar o avivamiento espiritual que tuvo lugar entre los años 1820 y 1850, en Suiza, en la misma época en varios países.

4 - «Tú pues, hijo mío, fortalécete en la gracia que es en Cristo Jesús» (2 Timoteo 2:1)

En el estado de ruina que caracterizaba, entonces, a la Asamblea, que se había convertido en la «casa grande», Timoteo debía fortalecerse en la gracia. Tenemos el mismo recurso para hoy, cuando la ruina de la cristiandad pronto dará paso a la apostasía final. Esta gracia está «en Cristo Jesús». El creyente solo puede crecer y fortalecerse en ella si aprende a conocer cada vez más al Señor Jesús, a hacer de su Persona gloriosa el único objeto de su contemplación y de su dilección. Que nosotros, como el apóstol, podamos estar animados por el santo deseo de conocerle, y el poder de su resurrección, y la comunión de sus sufrimientos, considerando todo lo demás como pérdida, a causa de la excelencia de este conocimiento (Fil. 3:8 y 10). Al corazón así lleno de él, siempre se revela en una medida creciente «como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto» (Prov. 4:18), la meta que alcanzaremos en la gloria.

5 - «Comparte sufrimientos como buen soldado de Cristo Jesús» (2 Timoteo 2:3)

Aunque todavía sea joven, el creyente es un combatiente, un soldado de Cristo. En este combate de la fe en el que está empeñado, encuentra inevitablemente dificultades, pruebas y sufrimientos de los adversarios. Si no son numerosos, estos adversarios no son menos temibles: *Satanás* y sus agentes visibles e invisibles, de los que podemos triunfar a condición de revestirnos de toda la armadura de Dios (Efe. 6); *el mundo*, del que Satanás es el jefe y a través del cual se esfuerza por apartar nuestros corazones del Señor; *nuestro propio corazón*, la carne de pecado en nosotros.

Cada uno de estos enemigos despliega muchas y variadas artimañas, y si no estamos vigilantes, pronto sucumbimos a ellas. Ante todo, velemos sobre nuestro corazón,

porque «de él mana la vida» (Prov. 4:23). Toda caída tiene su origen en la falta de vigilancia sobre nuestros pensamientos, sobre nuestro ser más íntimo. Un primer paso que nos aleja de la santidad interior es suficiente para privarnos de la luz de arriba. El secreto para no estar guardado de caídas consiste en juzgar constantemente la carne en las cosas ordinarias de la vida.

6 - «Cumple tu ministerio» (2 Timoteo 4:5)

Tu servicio. «A cada uno *su obra*» (Marcos 13:34). Nadie puede pretender no haber recibido ningún servicio del Señor. Cuán sorprendido, y tal vez confundido, debió sentirse Arquipo cuando escuchó la solemne exhortación del apóstol al final de su Epístola a los Colosenses: «Y decid a Arquipo: Mira por el ministerio que has recibido en el Señor, para que lo cumplas» (4:17). Ignoramos de qué servicio se trataba ni en qué había fallado Arquipo. Pero él lo sabía ciertamente y comprendió la advertencia del apóstol.

Cumplir plenamente el propio servicio no significa necesariamente tener mucho éxito. Lo que el Señor considera, lo que deleita su corazón y lo que él recompensa, es la fidelidad con la que un servicio, cualquiera que sea, se lleva a cabo para él. En la parábola de los talentos, el amo alabó al siervo que había ganado 5 talentos en los mismos términos que al que solo había ganado 2. «¡Muy bien, siervo bueno y fiel! En lo que es poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor» (Mat. 25:21, 23). Puede que solo hayamos recibido 1 talento, pero si lo utilizamos con el corazón lleno del deseo de glorificar a Cristo, recibiremos la misma aprobación por su parte que si hubiéramos utilizado 5 talentos. Lo importante es que nuestro corazón esté totalmente entregado a Cristo. «Todo cuanto hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor» (Col. 3:23). El amor al Señor Jesús constituye el único motivo válido de nuestra actividad por él. Donde falta este amor, el «yo» ocupa el lugar de Cristo, y el servicio es inútil y estéril. Aún más que nuestro servicio, Cristo desea nuestro amor.

Que podamos meditar estas exhortaciones del apóstol a su querido hijo Timoteo y ponerlas en práctica, imitando su fiel y abnegada conducta al servicio de Cristo. Siervo de Jesucristo, esto era Timoteo. Pero para ello debemos estar dispuestos, como Timoteo, a seguir cada día a Cristo despreciado y rechazado, en el camino de renuncia y humillación que él mismo recorrió. «Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee», proclamó, «no puede ser mi discípulo». «Si alguno

me sirve, que me siga; y en donde yo estoy, allí también estará mi servidor» (Lucas 14:33; Juan 12:26). Que el amor de Cristo nos abrace, pues, recordando que él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 1965, página 32